

Ponencia del Cardenal Versaldi a la Asamblea de Instituciones Educación Superior Jesuitas – Deusto – Bilbao 9 de julio 2018

Estimados padres y líderes de las Instituciones de Educación Superior Jesuitas

Es un gran placer para mí dirigirme a vosotros hoy con motivo de la Apertura de la **Asamblea de Instituciones de Educación Superior Jesuitas**. ¿Cómo podía dejar pasar la ocasión y el privilegio de dirigirme, en un mismo tiempo y espacio, a los líderes de más de 200 Instituciones de Educación Superior de todo el mundo al servicio de más de un millón de estudiantes? Hoy, me dirijo a vosotros como antiguo compañero que ha impartido psicología y derecho canónico durante catorce años en la *Pontificia Universidad Gregoriana*, la madre y modelo original de todas las Universidades Jesuitas. Me dirijo a vosotros como como Gran Canciller de esta, vuestra primera Universidad, y tal vez de manera más apropiada, como Prefecto de la Congregación para la Educación Católica. He sido invitado a este encuentro para representar a la **voz de la Iglesia** a la que como jesuitas deseáis servir en todo aquello que planificáis, debatís y hacéis.

Al hacerme eco de la voz de la Iglesia en vuestro nombre, me gustaría recoger el tema de esta Asamblea en este breve discurso, “La transformación de nuestro mundo juntos” y contemplar con todos vosotros lo que este lema puede significar en el contexto y la lógica de la Constitución Apostólica recientemente publicada, **Veritatis Gaudium**, de nuestro Santo Padre, el Papa Francisco. Incluso si este documento se centra principalmente en las Facultades Eclesiásticas, su introducción podría denominarse la "Política de educación superior" de nuestro Santo Padre. Este documento es fuente de inspiración para vuestra futura planificación, debate y proyectos concretos.

Según una buena tradición jesuita, estructuraré mis reflexiones en tres puntos, siguiendo el tema de este encuentro: **En primer lugar: Transformación; En Segundo lugar: El mundo; y en tercer lugar: Juntos.**

1) Mi primer punto: Transformación

La visión del Santo Padre es que una Universidad católica debería ser aquella que participe en el mundo precisamente en aquellos lugares en los que a la propia Iglesia le ha sido difícil estar presente. La sala de conferencias, el

laboratorio, los seminarios, los encuentros con la cultura secular, la tecnología y las profesiones son los ámbitos en los que debemos estar, - para aprender y poder aportar. La Universidad católica es una extensión misionera de la Iglesia que “avanza” para ir al encuentro de aquellos ámbitos en los que podría estar trabajando lo Divino.

Para ello necesitamos vuestro liderazgo. Necesitamos vuestra guía. Necesitamos vuestro intelecto para estar presentes en los lugares de descubrimiento humano y donde los retos de hoy son abordados por hombres y mujeres de fe y de buena voluntad. Es ahí precisamente donde la Iglesia tiene algo que ofrecer a un mundo que necesita una *transformación en Cristo*, un mensaje humanizante y salvífico que es siempre un mensaje de paz; como dice (el Proemio 3 de) *Veritatis Gaudium* (y cito textualmente):

Esta enorme e impostergable tarea requiere, en el ámbito cultural de la formación académica y de la investigación científica, el compromiso generoso y convergente que lleve hacia un cambio radical de paradigma, más aún —me atrevo a decir— hacia «una valiente revolución cultural»[\[27\]](#). En este empeño, la red mundial de las Universidades y Facultades eclesíásticas está llamada a llevar la aportación decisiva de la levadura, de la sal y de la luz del Evangelio de Jesucristo y de la Tradición viva de la Iglesia, que está siempre abierta a nuevos escenarios y a nuevas propuestas. (fin de la cita)

En otras palabras, el Papa Francisco espera de las Universidades Católicas una aportación ambiciosa a la gran transformación que él mismo llama una "revolución cultural".

Como jesuitas que escuchan a un (Papa) jesuita entenderéis perfectamente que esto no significa una revolución política en aras de la revolución, ni un revés sistémico de orden y tradiciones y, desde luego, no la promesa ideológica de aquellos que especialmente a través de nuestra historia reciente, prometieron el paraíso en la tierra y acabaron con violencia y sufrimiento provocado por los sueños imposibles de cumplir de las distintas ideologías. ¿No fue el gran descubrimiento de San Ignacio, que nos fue transmitido en sus “Ejercicios Espirituales”, que la transformación más grande es aquella de corazón y alma tocada por la palabra y el Espíritu de Dios?

Es por ello que en medio de todos los desafíos políticos y sociales de nuestros días, necesitamos una *revolución del amor*, como afirmó el Papa Benedicto en un discurso hace 8 años. En él, no solo hizo referencia al colapso de nuestra creencia moderna que la ciencia podría contestar todas las preguntas y resolver todos los problemas sino que también señaló el relativismo y el culto del egoísmo que esto generaba: (y cito textualmente):

Los tiempos que estamos viviendo nos sitúan ante problemas grandes y complejos, y la cuestión social se ha convertido, al mismo tiempo, en cuestión antropológica. (...) Hay que recuperar y vigorizar de nuevo una auténtica sabiduría política; ser exigentes en lo que se refiere a la propia competencia; servirse críticamente de las investigaciones de las ciencias humanas; afrontar la realidad en todos sus aspectos, yendo más allá de cualquier reduccionismo ideológico o pretensión utópica; mostrarse abiertos a todo verdadero diálogo y colaboración, teniendo presente que la política es también un complejo arte de equilibrio entre ideales e intereses, pero sin olvidar nunca que la contribución de los cristianos sólo es decisiva si la inteligencia de la fe se convierte en inteligencia de la realidad, clave de juicio y de transformación. Hace falta una verdadera «revolución del amor».1 (fin de la cita)

El llamado de Benedicto a una revolución del amor parecería ser la plataforma perfecta para una Universidad católica. Este mismo mensaje también se refleja en “*Veritatis Gaudium*” que hace un llamamiento a las universidades católicas para servir como levadura, sal y luz, esto es, como mensajeros de esperanza sustentadora de la vida.

2) Mi segundo punto: El mundo

Si la transformación real y duradera comienza dentro del corazón y el alma humana, entonces comienza donde las personas se abren para escuchar la palabra de Dios y su Espíritu, donde las personas han aprendido a actuar basándose en el “examen” y el discernimiento. Y, allí donde se produce este tipo de transformación más esencial y delicada, nuestro mundo también sufrirá una transformación. Este es el fundamento, la base, si puedo decirlo así, tanto para el individuo como para la comunidad de aquellos que trabajan en el apostolado intelectual. Lo mismo puede decirse de las propias instituciones, en su misión e identidad. Las instituciones pueden sufrir – como algunos de vosotros sabéis bien y conocéis en la práctica - un auténtico "examen" y discernimiento ignaciano, basado en motivaciones similares y procesos internos a los descritos en los Ejercicios Espirituales.

Sobre esta base sólida y fuerte, podéis servir a la misión de la Iglesia *para transformar el mundo*; pero no podréis hacerlo si seguís siendo un "club cerrado" de instituciones con referencia propia o elegís hacerlo sólo como actores, es decir, como "egos" individuales o institucionales, preocupados por vuestro propio desarrollo y ampliación.

Por tanto, el primer imperativo y condición para transformar el mundo es abandonar nuestras zonas de confort y unirnos a los demás para acercarnos a las

¹ Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en la 24ª Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, 21 de mayo de 2010.

periferias. La Iglesia necesita que vayáis hacia los límites, y a veces que incluso los sobrepaséis, allí donde fallan los recursos humanos, las competencias y las capacidades. Allí, con los débiles, sentimos nuestra debilidad. Allí, hemos de depender de la gracia de Dios. Pero al mismo tiempo, ahí podemos experimentar incluso una mayor fuerza al colaborar con Dios y con los demás.

Un regalo especial de las instituciones jesuitas a la Iglesia es la formación de hombres y mujeres capaces de contribuir a la transformación del mundo mediante una sagaz formación y exposición a todo aquello que es nuevo y relevante para el florecimiento humano. Esto significa que requieren una preparación que les expone a las distintas formas de entender el mundo de las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades. Sin embargo, esta formación, resulta incompleta si no se les introduce al proceso de discernimiento, reforma y renovación personal. La pedagogía ignaciana que ha generado un número tan elevado de líderes en el pasado, debe hacerlo consciente de que esta era (y cito textualmente *Veritatis Gaudium*),...

Y esto tiene un valor indispensable para una Iglesia «en salida», puesto que hoy no vivimos sólo una época de cambios sino un verdadero cambio de época[21], que está marcado por una «crisis antropológica»[22] y «socio-ambiental»[23] de ámbito global, en la que encontramos cada día más «síntomas de un punto de quiebre, a causa de la gran velocidad de los cambios y de la degradación, que se manifiestan tanto en catástrofes naturales regionales como en crisis sociales o incluso financieras»[24]. Se trata, en definitiva, de «cambiar el modelo de desarrollo global» y «redefinir el progreso»[25]: «El problema es que no disponemos todavía de la cultura necesaria para enfrentar esta crisis y hace falta construir liderazgos que marquen caminos»[26].

La Iglesia necesita instituciones católicas que preparen a los hombres y a las mujeres para el liderazgo en un mundo así, y ministros dedicados a ayudarla en su acompañamiento de los hijos e hijas de esta nueva era. Ésta ha de implicarse en la creación de un nuevo paradigma que reemplace los fallidos paradigmas del pasado. Citando una vez más a "*Veritatis Gaudium*":

“En efecto, la tarea urgente en nuestro tiempo consiste en que todo el Pueblo de Dios se prepare a emprender «con espíritu»[19] una nueva etapa de la evangelización”.

Son tales los grandes retos y oportunidades del momento presente que determinarán claramente el futuro del planeta y de la raza humana. Cuando pensamos en las aportaciones potenciales de la tecnología, su impacto en la manera en la que entendemos la naturaleza humana y el significado de la persona, los posibles usos y abusos de la inteligencia artificial, por ejemplo, sabemos lo mucho que necesitamos a las universidades, y en particular, a las **universidades católicas**. Cuando consideramos el futuro de la democracia y nuestra necesidad regional y global de orden y solidaridad para preservar la libertad humana y mantener nuestra necesidad de auténticas comunidades de

justicia y paz, somos muy conscientes de la necesidad de formar a hombres y a mujeres que valoren la importancia del Bien Común y de la sabiduría proclamada en el Pensamiento Social Católico. Cuando reflexionamos sobre la urgente necesidad de entendimiento y diálogo entre las distintas comunidades religiosas, solo podemos instar a que las facultades católicas se impliquen en las cuestiones relevantes de esta era con un espíritu de diálogo y discernimiento. Y, cuando vemos la tragedia de las heridas no cicatrizadas de individuos, grupos y naciones, solo podemos esperar que las universidades católicas participen activamente teniendo como guías de inspiración la justicia y el entendimiento, la paz y la reconciliación.

3) Mi tercer punto y últimas palabras: “Juntos”

Aunque ya he mencionado este punto anteriormente, quiero hacer hincapié en la necesidad de colaboración. Sería un flaco favor y desde luego no el fruto de un discernimiento real tratar de participar en dicha misión individualmente. Este principio es válido para la persona individual pero también para una única institución de educación superior, que con demasiada frecuencia se centra en la competencia con instituciones hermanas del mismo orden, o incluso, con toda la Compañía con sus más de 200 universidades. Ninguna institución por sí sola puede esperar tener impacto en estas cuestiones de un modo significativo sin convivir ni cooperar con las demás. Esto significa que la Universidad católica es aquella que insiste en el “diálogo” como su *modus operandi*, su “modo de proceder”, como lo denominaríais los jesuitas. Este es otro de los principios destacados en *Veritatis Gaudium* (Prooemium 4-b): (Cito textualmente)

“ Un segundo criterio inspirador, que está íntimamente relacionado con el anterior y que es fruto de ese, es el diálogo a todos los niveles, no como una mera actitud táctica, sino como una exigencia intrínseca para experimentar comunitariamente la alegría de la Verdad y para profundizar su significado y sus implicaciones prácticas. El Evangelio y la doctrina de la Iglesia están llamados hoy a promover una verdadera cultura del encuentro^[41], en una sinergia generosa y abierta hacia todas las instancias positivas que hacen crecer la conciencia humana universal; es más, una cultura — podríamos afirmar— del encuentro entre todas las culturas auténticas y vitales, gracias al intercambio recíproco de sus propios dones en el espacio de luz que ha sido abierto por el amor de Dios para todas sus criaturas.” (fin de la cita)

El diálogo no significa que hablemos únicamente con aquellos con los que compartimos las mismas opiniones. Necesitamos un diálogo abierto, respetuoso, pero también con un punto de vista personal claro, con una gran identificación positiva con la Iglesia.

Y nuestro diálogo debe ser amplio y transversal, con la sociedad al completo, con los científicos y los profesores de otros ámbitos de estudio y especialmente

con los estudiantes procedentes de los diferentes grupos sociales a los que sirven vuestras universidades.

También es necesario el diálogo en el seno de la Iglesia; en momentos de gozo y éxito compartidos así como en momentos de dificultades y posibles tensiones, cuando no resulta fácil mantener el equilibrio adecuado entre avanzar y sobrepasar fronteras, trayendo con nosotros el patrimonio inalterable de nuestra fe y la moral de la Iglesia.

Para terminar... En esta Asamblea en la que vais a fundar una asociación mundial, esto es, ***una familia de Instituciones de Educación Superior Jesuitas***, mi especial deseo y recomendación es que vosotros también invirtáis en diálogo en el seno de la Orden Jesuita, entre las instituciones de educación superior y otras instituciones e individuos, enseñando y trabajando en apostolados intelectuales fuera de vuestras instituciones o en otros apostolados.

En algunas de las famosas misiones de la orden jesuita, en el pasado, un importante medio de evangelización fueron los coros y la música. Como Prefecto de la Congregación, cuando se refiere a la Compañía y sus instituciones, a veces me gustaría oír más música polifónica en lugar los muchos solistas cuya música llega a nuestras oficinas de Roma, ¡incluso si son famosos y reconocidos!

El diálogo significa la escucha mutua, conocerse mejor los unos a los otros. Y si se pide o solicita, también significa unir voces en un Coro polifónico para ofrecer un gran Himno de Alabanza y Agradecimiento " *Ad maiorem Dei gloriam*".